DERECHOS

DEL HOMBRE

Y

DEL CIUDADANO,

CON

Varias Maximas Republicanas;

Y

UN DISCURSO PRELIMINAR,

DIRIGIDO A LOS AMERICANOS.

—o—

LONDRES.
IMPRENTA ESPAÑOLA DE M. CALERO.
No. 17, Frederick Place, Goswell Road.

1825.

FONDO HISTORICO
RICARDO COVARRUBIAS

DISCURSO.

Ningun hombre puede cumplir con una obligacion que ignora, ni alegar un derecho del cual no tiene noticia. Esta constante verdad me ha determinado á publicar los DERECHOS DEL HOMBRE, con algunas máximas republicanas, para instruccion y gobierno de todos mis compatriotas.

La poca atencion, el ningun respesto que han merecido á los reyes, en todo tiempo, estos derechos sagrados é imprescriptibles, y la ignorancia que de ellos han tenido siempre los pueblos, son la causa de cuantos males se experimentan sobre la tierra. No habrian abusado tanto los reyes de España, y los que en su nombre gobiernan nuestras provincias, de la bondad de los Americanos, si hubiésemos estado ilustrados en esta parte. Instruidos ahora en nuestros derechos y obligaciones, podremos desempeñar estas del modo debido, y defender aquellos con el teson que es propio: enterados de los injustos procedimientos del gobierno español, y de los horrores de su despotismo, nos resolveremos sin duda alguna, á proscribirle enteramente: á abolir sus bárbaras leyes, la desi-

gualdad, la esclavitud, la miseria y envilecimiento general: trataremos de sustituir la luz á las tinieblas, el órden á la confusion, el imperio de una ley saludable y justa á la fuerza arbitraria y desmedida, la dulce fraternidad que el evangelio ordena, al espíritu de division y de discordia, que la detestable política de los reyes ha introducido entre nosotros: en una palabra, trataremos de buscar los medios mas eficaces para restituir al pueblo su *soberanía*, á la América entera los imponderables bienes de un gobierno paternal. Sí, amados compatriotas, esta es nuestra obligacion, en esto consiste nuestro bien estar, y la felicidad general de todas nuestras provincias: nuestros deberes, en esta parte, están de acuerdo con nuestros intereses.

Muchos pueblos se ocupan en el dia en recobrar su libertad: en todas partes los hombres ilustrados y de sano corazon trabajan en esta heróica empresa: los Americanos nos desacreditaríamos, si no pensásemos seriamente en efectuar esto mismo, y en aprovecharnos de las actuales circunstancias. Ningun pueblo tiene mas justos motivos; ninguno se halla con mas proporciones que nosotros, para hacer una revolucion feliz.

Innumerables delitos, execrables maldades, han cometido siempre los reyes en todos los Estados; pero con ningun pueblo se han excedido mas que con el Americano. Aquí es donde mejor han puesto en ejecucion las máximas de su depravada política, y de su corazon perverso; aquí donde mas han abusado de la ignorancia y bondad de los hombres; aquí donde mas se han ensangentado. No se puede leer la historia sin derramar lágrimas: cada página presenta un espectáculo horrendo, cada hecho un acto injusto cruel é inhumano: no hay derecho alguno que no se halle atropellado, ni género de atentado, de violencia, ni de atrocidad que no se haya cometido: siendo lo mas notable, que tan enormes crímenes, tan horrendos delitos, se hallan siempre ejecutados como actos de rigorosa justicia; se practican siempre bajo el pretesto de *mayor bien de la religion, ó del público*. Hasta aquí llega la perversidad de los reyes: abusan de las voces mas sagradas, se valen de los fines mas justos y honestos para engañar á los hombres, alucinar los pueblos; y de este modo poner mejor en ejecucion sus depravados intentos, y encubrir todas sus maldades.

No contentos con haber estado sordos, cuando la conquista, á la voz de la razon, de la justicia y de la naturaleza, han continuado del mismo modo hasta el presente. En todas las pragmáticas y órdenes del gobierno, si se examinan con cuidado, no se observa mas que dolo y engaño, no se advierte otro objeto que el de empobrecernos, dividirnos, envilecernos y esclavizarnos. En todas las providencias, aseguran estos tiranos, no tienen otro fin, ni se dirigen á otra cosa, que á proporcionarnos nuestro mejor bien estar, y hacer nuestra felicidad. Ahora bien ¿dónde está esta felicidad tan decantada? ¿En qué parte se encuentra este bien? ¿Quién le disfruta? ¿En qué provincia se halla? ¿Acaso no están todas tiranizadas igualmente? ¿No gemimos todos bajo el yugo cruel de la opresion? ¿No encontramos en cada audiencia, en cada gobernador, comandante, corregidor, alcalde, ó teniente, en lugar de un padre que nos defienda y proteja, un hombre malvado, corrompido, que vende la justicia, oprime al inocente y sacrifica al pueblo? En cada intendente, en cada administrador, ¿no tenemos un enemigo el mas formidable, alerta siempre para ver como nos ha de sobrecargar de mas tributos, y estancar

mas efectos y producciones? Con tanto impuesto, con tanta alcabala, con tanta traba, ¿no se halla la agricultura perdida, el comercio arruinado? A pesar de la gran fertilidad de nuestras provincias, ¿puede alguno vivir? Todo el fruto de nuestras propiedades, de nuestra industria, y de nuestro trabajo, ¿no se lo lleva el rey y sus empleados? ¿Habrá alguno que pueda negar unas verdades tan constantes, como públicas? Ademas, ¿no se ha puesto el mayor cuidado en que permanezcamos en la mas crasa ignorancia, y en llenarnos de las mas perjudiciales preocupaciones? Lejos de fomentar la buena formacion de nuestras costumbres, ¿no han procurado por todos los medios posibles la corrupcion de ellas? Todos nuestros empleos, todas las piezas eclesiásticas ¿no se confieren á extraños? Los hijos de la Patria ¿somos atendidos para cosa alguna? Nuestros fueros y privilegios ¿se nos han guardado? ¿Podemos manifestar libremente nuestros pensamientos é ideas? ¿Nos es permitido reclamar nuestros derechos? ¿Nos es lícito decir la verdad? Nada de esto: nada nos es permitido, nada nos es lícito, sino el mas profundo silencio, la obediencia mas ciega, la ignorancia mas estúpida? Puede llegar á mas el exceso de la tiranía y del despotismo?

Confiésese que nuestra suerte es mas desgraciada que la del esclavo mas mísero: que somos y hemos sido siempre tratados, bajo la dominacion de los reyes, no como hombres, sino peor que bestias. Ello es cierto, que nos han envilecido de tal modo, que nos han hecho perder hasta la idea de la dignidad de nuestro ser. El orbe entero es testigo de cuanto va expuesto: no hay sabio de la Europa, que no haya desaprobado tan inhumana conducta: Prelado virtuoso de la América, que no haya clamado contra un procedimiento tan fuera de razon: no hay en fin ciudad, no hay provincia, que no haya dirigido á los pies del trono, una y muchas veces sus súplicas, que no le haya hecho presente sus justas quejas; mas todo ha sido en vano, la tiranía ha continuado siempre del mismo modo, y si cabe ha seguido con mas fuerza y vigor.

En vista de esto, amados compatriotas, ¿qué partido debemos tomar? Conociendo evidentemente que nada bueno podemos esperar de los reyes, que su corazon cruel é inhumano es insensible á nuestros males, ¿qué resolucion adoptaremos? Cerciorados de la inutilidad de los recursos suaves, ¿qué medio elegiremos para librarnos de tan insoportable esclavitud? No

hay otro que el de la *fuerza*: este es el único medio que nos resta: este es el que nos vemos en la dura necesidad de abrazar al punto, en la hora, si queremos salvar la patria, si deseamos recobrar nuestros imprescriptibles derechos: bien, que no se nos ha podido quitar, sin una infraccion de las leyes mas sagradas de la naturaleza, y por un abuso feroz de la fuerza armada. El esperar por mas tiempo, sería consentir en las mas execrables maldades, y cooperar á nuestra entera ruina.

En otro tiempo, en otras circunstancias, cuando hablar de revolucion se tenia por el mas enorme delito; cuando por estar todos imbuidos de las mas perjudiciales máximas, cualquier que intentaba la reforma de los abusos, la recuperacion de los derechos del pueblo, era tenido por un enemigo de la patria, me hubiera guardado bien de proponeros un hecho semejante; pero en el dia, que por fortuna no teneis tantas preocupaciones en esta parte, que conoceis en algun modo vuestros derechos, que estais enterados de la perversidad de los reyes, que se halla en vuestros espíritus la mejor disposicion, y que las circunstancias de la Europa presentan la ocasion mas favorable para recuperar nuestra

libertad, no puedo menos de daros este consejo tan conforme á vuestros deseos, y á vuestro mejor bien estar.

Las fuerzas que nos puede oponer el tirano, son muy pequeñas en comparacion de las nuestras: sus tropas pocas y esclavas, las nuestras muchas y libres: sus socorros tardíos y expuestos, los nuestros prontos y seguros: sus recursos en el dia son en pequeño número, los nuestros son infinitos: sobre todo, nosotros tenemos á Dios propicio por la justicia de nuestra causa; él irritado por sus delitos y maldades. Vivamos en la firme inteligencia de que no podemos ser vencidos, sino por nosotros mismos: nuestros vicios solamente pueden impedirnos el recobrar nuestra libertad, y hacérnosla perder aun despues de haberla logrado; permanezcamos pues siempre asidos á la virtud; reine entre nosotros la mas perfecta union, constancia y fidelidad, y nada tendremos que temer.

El grande arte de hacer una revolucion feliz, consiste en manejarla con la mayor perspicacia, celo y justicia: en desembarazarla de todo lo que la pueda debilitar, ó malograr, y en conducirla directamente y con la mas grande actividad á su fin. No es bastante en tales cir-

cunstancias, el concebir unas empresas sabias y vastas: no es bastante combinar un sistema, cuya tendencia sea la reforma de los abusos: no es bastante declarar por réprobo á cualquiera qne no tome un gran interes por la Patria: no es bastante descubrir los enemigos públicos, y desterrarlos para siempre, desembarazando de este modo el Estado, de un manantial eterno de facciones y ruinas domésticas; en una palabra, no es bastante consagrar los derechos del ciudadano por leyes positivas: el solo plan que puede asegurar la duracion indestructible de una república, es el que ataca á un mismo tiempo los estravíos del espíritu y del corazon: esta es la gangrena política, de la cual es necesario destruir hasta las mas pequeñas ramificaciones, para que la cura pueda con certidumbre restituir la salud: este es un movimiento fuerte y decisivo, que debe inspirar á todos la firme resolucion de franquear rápidamente el paso, del abismo de la esclavitud, á la cumbre escelsa de la libertad, y de sufrir todos los combates, todos los sacrificios que sean necesarios, para romper los nudos que tienen sugeta al alma, á tantas inclinaciones inveteradas, á tantas preocupaciones dominantes, á tantos errores seduc-

tores. Esta es la crísis violenta y necesaria, que conduce con rapidez á la mutacion de un estado deplorable: pues si el envilecimiento y la corrupcion, son el apoyo de todo gobierno despótico, la virtud y la magnanimidad forman la esencia del republicanismo. En donde todo el poder reside en una sola mano privilegiada, solamente se asciende á fuerza de bajezas, adulando las pasiones de los grandes y ricos, y estudiando cada dia nuevos modos de mejor oprimir al pueblo: en una república nadie se distingue, sino desplegando todos los sentimientos que hacen honor á la humanidad: para mantenerse en la gracia bajo de un gobierno monárquico, es necesario ser el hombre mas bajo, el adulador mas vil, el político mas falaz, el delator mas pérfido, el malvado mas enorme: para conservar la confianza en una república, es necesario no apartarse un punto de la virtud, ser justo y sincero, humano y generoso, amar la libertad mas que la vida, y reconocer que la igualdad, que es su basa, da al hombre un carácter, que no le permite de modo alguno, humillar á su semejante. Una grandeza, una familia noble, una fortuna agigantadase hacen notar por un orgullo insultante, por

un egoismo bárbaro, por una ignorancia estúpida; pero cubierta con el aparente brillo del fausto, y con un aire lucido y soberbio, que instruye mucho sobre la multitud envilecida. Las virtudes y los talentos solamente, dan la consideracion á un republicano; su simplicidad le hace mas apreciable, y cuando llega á merecer la estimacion pública, la debe únicamente á su conòcido mérito. En todo imperio donde los derechos y los deberes del hombre son desconocidos, se hace un gran papel, desde que uno tiene bastante fortuna para vivir sin trabajar, es decir á costa del sudor y las fatigas de un miserable, que se apura y se mata, para ganar un bocado de pan. El ocioso en una democracia, es despreciado del público, como un ser inútil; y castigado por la ley como un ejemplo escandaloso. El honor en los Estados despóticos, consiste en ser un ciego instrumento de la voluntad caprichosa y opresiva del tirano: en las repúblicas, se funda en no reconocer otro poder que la justicia y la razon. Ultimamente, en una monarquía cada vasallo, reconcentrado en sí mismo, tiene su forma y su color particular: en las familias mismas, cada uno tiene sus pretensiones, sus

errores, sus pasiones, sus bienes, su fortuna y su educacion á parte: cada linage tiene sus costumbres, sus privilegios, su espíritu, su moral y sus defectos que le distinguen: una sola pasion es comun á todos, esta es, el extraordinario deseo de las riquezas, porque el oro lo puede todo en semejantes gobiernos; y esta pasion dominante, que escluye el mérito, el talento y las virtudes, no produce sino vicios y crímenes: el hombre vive aislado en medio de sus semejantes, y en nada procura el bien estar de estos: cada individuo es un egoista, contrario de su vecino, y enemigo de su prójimo: así la sociedad está en un choque continuo, y los miembros que la componen, no permanecen unidos, sino por la cadena que los comprime y sujeta. En una verdadera república, es todo al contrario, el cuerpo político es uno, todos los ciudadanos tienen el mismo espíritu, los mismos sentimientos, los mismos derechos, los mismos intereses, las mismas virtudes: la razon sola es la que manda, y no la violencia; el amor quien hace obedecer, y no el temor: la fraternidad quien constituye la union, y de ningun modo los manejos del egoismo y de la ambicion. Así, hacer de un *vasallo*, de un esclavo, que es lo

mismo, un republicano, es formar un hombre nuevo; es volverle todo al contrario de lo que era.

A la hora, pues, que se intente destruir el despotismo, es necesario que la revolucion sea al mismo tiempo moral y material: no es suficiente establecer otro sistema político, es necesario ademas, poner el mayor estudio en regenerar las costumbres, para volver á todo ciudadano el conocimiento de su dignidad, y mantenerle en el estado de vigor y entusiasmo, en que le ha puesto la efervescencia revolucionaria, del cual caeria indefectiblemente, si pasada la crisis no estuviese sostenido por un conocimiento positivo de sus derechos, por un amor ardiente de sus deberes, por una abjuracion formal de sus preocupaciones, por un desprecio razonable de sus errores, por la aversion al vicio y por el horror al crímen.

Todo el arte para obrar una mutacion tan feliz en las costumbres, consiste en aprovecharse del verdadero momento, ó por mejor decir, en saber escoger la mejor disposicion de los espíritus: esta disposicion, este momento precioso, se encuentra en el acto del primer movimiento de toda revolucion. La eferves-